

**Nicodemo,  
la raíz que nadie vio crecer**

*Nicolás Bertoa*

*Basado en los escritos de Elena G. de White*

*«Porque de tal manera amó Dios al mundo,  
que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel  
que cree en él no se pierda,  
sino que tenga vida eterna.»*

Juan 3:16

Fuente primaria: Elena G. de White (dominio público)

Compilación y testimonio: Nicolás Bertoa

Narrativa generada con asistencia de inteligencia artificial (Claude, Anthropic)

Distribución gratuita — 2025

# Prólogo

## *La cadena que no se rompió*

Jerusalén dormía.

No el sueño tranquilo de los que no tienen nada que perder, sino ese sueño tenso y superficial de una ciudad que sabe, sin poder decírselo a sí misma, que algo está cambiando en sus cimientos. Las antorchas del templo brillaban en la distancia como brasas que nadie había apagado todavía. Los peregrinos de la Pascua dormían en sus tiendas y en las calles, exhaustos de caminar y de esperar. Los sacerdotes habían terminado sus turnos. Los guardias hacían sus rondas sin prisa.

Y por una de las calles angostas que subían hacia el monte de los Olivos, un hombre caminaba solo.

No corría. No miraba atrás. Caminaba con la concentración de alguien que ha tomado una decisión que todavía no sabe si puede sostener — cada paso un pequeño acto de voluntad contra el peso de todo lo que podría perder si alguien lo reconocía. Era un hombre acostumbrado a ser visto. A ser reconocido. A que la gente se apartara para dejarlo pasar. Esa noche prefería la oscuridad. Esa noche, por primera vez en muchos años, la oscuridad le parecía un regalo.

No sabía que lo que estaba buscando lo había estado buscando a él mucho antes.



Hay semillas que caen en la oscuridad y nadie las ve caer. No hacen ruido. No producen ningún cambio visible en la superficie del suelo. Si alguien pasara por ahí al día siguiente, no encontraría nada diferente — la misma tierra, el mismo silencio, la misma apariencia de que nada ha ocurrido. Y sin embargo algo ocurrió. Algo irreversible. La semilla tocó el suelo, y el suelo la recibió, y desde ese momento el proceso que terminaría en raíz y en tallo y en fruto ya había comenzado — invisible, inevitable, sin que nadie pudiera verlo ni detenerlo.

Esta es la historia de una semilla que cayó de noche.

Y de la raíz que nadie vio crecer.



Dos mil años después de esa noche, yo hacía algo parecido en una oficina de Córdoba.

Trabajaba en Globant, una empresa de software. Llegaba temprano, antes que los demás, y en ese silencio de pantallas apagadas y sillas vacías abría una Biblia sobre el escritorio. La leía despacio — no como quien cumple una tarea sino como quien busca algo que no sabe exactamente cómo nombrar. Algo que los proyectos no daban. Algo que las métricas no medían. Algo que las conversaciones de pasillo dejaban intacto. Y cuando escuchaba pasos en el corredor — el sonido inconfundible de alguien que se acerca — cerraba la Biblia y la deslizaba dentro de la mochila que mantenía abierta a propósito, lista para ese momento, como si hubiera estado leyendo cualquier otra cosa.

Semanas así. Semanas de Biblia abierta y mochila lista.

Hasta que un día un compañero entró sin que yo lo escuchara. Me encontró con el libro en las manos. Y antes de que pudiera pensar, antes de que pudiera elegir, dije que no estaba leyendo la Biblia. Lo negué. Guardé silencio sobre lo único que en ese período de mi vida me parecía verdaderamente importante.

Esa noche, cuando volví a casa y abrí las Escrituras, me encontré con las palabras de Jesús sobre los que lo confiesan y los que lo niegan. No las busqué. Estaban ahí. Y algo en mi pecho se rompió de una manera que no sé describir de otra forma — me largué a llorar, solo, con el libro abierto sobre la mesa. No de culpa solamente. De reconocimiento. De verse en un espejo que muestra exactamente lo que uno preferiría no ver.

Al día siguiente volví a Globant y abrí la Biblia sobre el escritorio. Sin mochila abierta. Sin plan de escape. La dejé ahí, visible, y seguí leyendo.

No fue heroísmo. Fue simplemente que ya no podía seguir siendo dos personas al mismo tiempo.

La historia de Nicodemo no terminó en Jerusalén.

Sigue.



Nicodemo le contó a Juan lo que pasó esa noche. Juan lo escribió con la pluma que registró también el principio de todas las cosas — *en el principio era el Verbo* — y con esa misma pluma escribió las palabras más conocidas del mundo: *de tal manera amó Dios al mundo*. Palabras que nacieron en una conversación de dos personas en la oscuridad. Palabras que Nicodemo guardó durante años sin saber completamente qué hacer con ellas. Palabras que florecieron en él de la manera más inesperada — no en la cima de su poder sino en el momento en que lo había perdido todo, cargando especias hacia una tumba mientras los que habían estado tres años al lado de Jesús se escondían con miedo.

La cadena no se rompió. Viajó a través de siglos, de idiomas, de culturas, de noches silenciosas donde alguien buscó algo sin saber exactamente qué buscaba. Comenzó en el monte de los Olivos, pasó por el Gólgota, continuó en la pluma de Juan, y siguió — hasta oficinas con mochilas abiertas, hasta madrugadas de duda, hasta cualquier noche donde la oscuridad pareció más honesta que la luz del día.

Este libro no es un estudio sobre Nicodemo.

Es la historia de una raíz que nadie vio crecer — y de un amor que la regó en la oscuridad, sin testigos, sin aplausos, sin otra razón que la que Jesús le dio a un hombre solo en la noche más importante de su vida:

*De tal manera amó Dios al mundo.*

# I. El templo

## *Fuego y ternura*

Nicodemo conocía el templo como se conoce la casa donde uno creció — cada piedra, cada pasaje, cada ángulo de luz a cada hora del día. Había caminado por sus atrios desde niño, primero de la mano de su padre, luego solo, luego como uno de los hombres que otros miraban con respeto cuando cruzaban el umbral. Conocía el olor del incienso mezclado con el humo de los sacrificios, el sonido de las trompetas al amanecer, el murmullo de la oración que subía desde miles de bocas simultáneas como un río que no se detiene. El templo era para él lo más cercano que existía a la presencia de Dios en la tierra — no como metáfora sino como convicción profunda, arraigada en décadas de estudio y de devoción.

Por eso lo que encontró ese día de Pascua lo desconcertó de una manera que no supo nombrar en el momento.

Había llegado temprano, antes de que la multitud alcanzara su punto más denso, y ya los atrios exteriores eran un mercado ruidoso y sin pudor. Los cambistas gritaban sus tasas desde detrás de sus mesas. Los vendedores de palomas competían entre sí con voces que se superponían y se perdían en el aire cargado. El ganado mugía y los pies de miles de peregrinos levantaban una nube de polvo que se mezclaba con el olor de los animales y con el dinero que cambiaba de mano sin descanso. Nicodemo había visto esa escena decenas de veces. La había tolerado con la incomodidad silenciosa de quien sabe que algo está mal pero no encuentra el momento ni las palabras para decirlo. Era el sistema. Funcionaba. Los sacerdotes lo habían aprobado. Quién era él para objetar.

Pero ese día algo era diferente.

No supo identificarlo de inmediato. Fue primero una sensación — una especie de quietud que se extendía desde un punto del atrio hacia afuera, como cuando se arroja una piedra al agua y las ondas viajan en todas las direcciones. El ruido no cesó de golpe. Fue más sutil que eso — fue como si el ruido empezara a tener conciencia de sí mismo y a avergonzarse. Nicodemo siguió la dirección de las miradas. Todos miraban hacia el mismo lugar.

Había un hombre de pie en las gradas del atrio.

No era alto en el sentido en que los hombres poderosos suelen serlo — no tenía la estatura imponente de un general ni el porte calculado de un sumo sacerdote en sus vestiduras. Era un galileo, joven, con las manos de alguien que había trabajado con ellas durante años. Y sin embargo algo en su manera de estar de pie hacía que todo lo que lo rodeaba pareciera más pequeño — no por contraste físico sino por algo que Nicodemo no podía explicar y que tampoco podía ignorar. Era como si ese hombre ocupara el espacio de una manera diferente a todos los demás. Como si tuviera derecho a estar ahí de una manera que los demás no tenían.

Nicodemo lo observó recoger algo del suelo. Cuerdas — las que usaban para atar a los animales. Lo vio detenerse. Lo vio trenzarlas con una calma que era casi desconcertante dada la circunstancia. No había urgencia en sus movimientos. No había ira en el sentido en que la ira suele manifestarse — ese calor impulsivo que ciega y apresura. Había algo más difícil de nombrar. Algo que Nicodemo, después de años de estudiar los profetas, reconoció con un estremecimiento que comenzó en algún lugar detrás del esternón y se extendió hacia afuera.

Era celo. No la emoción humana que lleva ese nombre — sino aquella otra cosa de la que hablaban los salmos. El celo del que ama algo con una profundidad que no puede permanecer indiferente ante su destrucción.

Lo que sucedió después ocurrió con una velocidad que la memoria de Nicodemo nunca pudo ordenar completamente. El hombre descendió las gradas. El látigo de cuerdas se alzó. Las mesas de los cambistas cayeron con un estruendo que pareció más grande que su causa física — como si el sonido llevara dentro algo más que madera y metal. Las monedas rodaron por el pavimento de mármol produciendo ese tintineo agudo que se quedó grabado en el oído de Nicodemo durante años. Los animales salieron en estampida. Los vendedores, los cambistas, los sacerdotes que supervisaban el tráfico — todos retrocedieron, y Nicodemo vio en sus rostros algo que nunca había visto en ese lugar: miedo. No el miedo a la violencia física. El miedo a ser vistos.

Nadie resistió.

Eso fue lo que más lo perturbó — no la acción en sí sino la ausencia de resistencia. Hombres con poder, con autoridad institucional, con guardias a su disposición, huyeron ante un solo hombre con un látigo de cuerdas recogidas del suelo. Y Nicodemo, que conocía esos hombres, que se sentaba con ellos en el Sanedrín, que conocía la solidez de su poder y la firmeza de su carácter — Nicodemo no pudo encontrar una explicación que lo satisficiera. No era solo el látigo. Era algo que emanaba de ese hombre y que el sistema entero, con toda su autoridad acumulada, no podía sostener.

El silencio que cayó sobre el atrio fue casi físico.



Entonces ocurrió algo que Nicodemo no esperaba.

El hombre se volvió. Y los que habían huido no eran los únicos que habían quedado en el atrio — quedaron también los otros. Los que nunca habían tenido poder que perder. Los ciegos que habían llegado guiados por familiares, los cojos que se habían arrastrado desde lejos, los pobres que habían venido con sus últimas monedas para comprar una paloma que los sacerdotes habían inflado hasta volverla inalcanzable. Los enfermos. Los que cargaban historias que el sistema había aprendido a no ver.

El hombre los miró.

No con la mirada de quien evalúa una situación. Con la mirada de quien reconoce a alguien. Como si cada uno de esos rostros le fuera familiar — como si los hubiera conocido antes, en otro lugar, en otro tiempo, y estuviera encontrándolos de nuevo después de una ausencia demasiado larga. Nicodemo vio sus ojos recorrer la multitud de enfermos y sintió algo que no supo describir entonces — una mezcla de asombro y de vergüenza, porque esa mirada hacía visible, por contraste, la manera en que él mismo había aprendido a no ver a esa gente.

Luego el hombre habló. No gritó. No dio instrucciones. Dijo algo en voz baja que Nicodemo no alcanzó a escuchar desde donde estaba, pero vio el efecto de esas palabras en los rostros que lo rodeaban — algo que se ablandaba, algo que cedía, algo

que había estado apretado durante mucho tiempo y que encontraba por primera vez un espacio donde aflojarse.

Y entonces comenzaron las sanidades.

Nicodemo las vio. No desde cerca — se mantuvo a distancia, como hacía con todo lo que no comprendía todavía — pero las vio. Vio a un hombre que había llegado sostenido por dos personas caminar solo hacia la salida. Vio a una mujer que lloraba con las manos sobre el rostro apartar las manos y mirar a su alrededor con una expresión que Nicodemo solo podía describir como la de alguien que acaba de recordar que el mundo es más grande de lo que el dolor le había permitido ver. Vio niños que corrían donde antes no podían moverse. Escuchó voces — voces de personas que durante años habían perdido el sonido — pronunciar palabras sueltas, inconexas, como quien aprende un idioma que siempre supo pero nunca había podido hablar.

El mismo hombre. El mismo rostro. La misma tarde.

Primero el fuego que vació el atrio. Luego la ternura que llenó ese mismo espacio con algo completamente diferente.

Nicodemo permaneció donde estaba durante mucho tiempo después de que la multitud comenzara a dispersarse. Tenía la costumbre de analizar lo que veía — era parte de su formación, parte de lo que lo había llevado a ser lo que era. Pero esa tarde su mente, entrenada durante décadas para clasificar y argumentar y concluir, se encontró haciendo algo que no recordaba haber hecho antes.

Simplemente mirando.

Sin categoría disponible. Sin texto de referencia que encajara completamente. Sin la seguridad tranquilizadora de poder decir *esto es tal cosa* y seguir adelante. Solo la imagen de ese hombre moviéndose entre los enfermos con una atención que no se parecía a ninguna otra atención que Nicodemo hubiera visto — como si cada persona que tocaba fuera la única persona en el mundo en ese momento.

Había leído los profetas toda su vida. Conocía las descripciones del Mesías como se conoce un mapa — los contornos, los nombres, las referencias cruzadas. Y sin embargo lo que tenía delante no encajaba en el mapa. No porque contradijera las

profecías sino porque las superaba de una manera que el mapa no había sabido anticipar. El Mesías que él había construido en su mente durante años era una figura de poder y de juicio — alguien que vendría a restaurar el orden correcto de las cosas con la autoridad de quien tiene derecho a hacerlo.

Este hombre tenía esa autoridad. La había demostrado en las mesas volcadas y en los sacerdotes que huyeron.

Pero también tenía esto otro — esta cosa sin nombre que hacía que los ciegos vieran y que los niños corrieran y que una mujer apartara las manos de su rostro como si el mundo hubiera vuelto a ser habitable.

Y Nicodemo, que llevaba décadas siendo uno de los hombres más inteligentes de Jerusalén, no tenía una sola palabra para nombrarlo.



Esa noche, solo en su estudio, con los rollos de las Escrituras abiertos sobre la mesa, Nicodemo buscó. No sabía exactamente qué buscaba — eso también era nuevo. Siempre había llegado a los textos con una pregunta definida, un problema que resolver, un argumento que construir o refutar. Esa noche llegó con algo diferente. Llegó con una imagen — un hombre de pie en las gradas de un atrio vacío, con un látigo de cuerdas en la mano y los ojos llenos de algo que no era ira — y dejó que esa imagen recorriera los textos que conocía de memoria.

Los profetas hablaban. Él escuchaba de una manera diferente.

No todo encajaba todavía. Había demasiado que no podía resolver, demasiado que se resistía a la categoría que intentaba imponerle. Pero había algo — una convicción que se iba formando en un lugar más profundo que el razonamiento, más profundo que la argumentación — que le decía que lo que había visto esa tarde en el templo no era algo que pudiera seguir ignorando.

No sabía todavía qué iba a hacer con eso.

Pero tampoco podía deshacer lo que había visto.

La semilla había tocado el suelo.



## II. La noche

### *El que vino buscando*

Pasaron días antes de que tomara la decisión.

No fue una decisión repentina — fue más bien el resultado de una acumulación. De noches estudiando los profetas de una manera diferente a como los había estudiado siempre. De momentos en el Sanedrín donde escuchaba a sus colegas hablar de ese galileo con un desprecio que le resultaba cada vez más difícil de compartir. De imágenes que volvían sin que las convocara — el látigo de cuerdas trenzadas con calma, las mesas que caían, la mujer que apartaba las manos de su rostro. De una pregunta que no lo dejaba en paz y que no podía hacerle a nadie en su círculo sin exponerse de una manera que no estaba dispuesto a afrontar todavía.

Quería hablar con ese hombre.

La idea en sí no era escandalosa — era un rabino hablando con otro maestro, un intercambio intelectual entre hombres que estudiaban las mismas Escrituras. Podía justificarlo así si era necesario. Pero sabía, en ese lugar donde uno sabe las cosas que preferiría no saber, que no era eso. No era curiosidad académica lo que lo empujaba. Era algo más parecido al hambre — esa sensación de que hay algo que necesitas y que no podés obtener de ninguna de las fuentes habituales.

Eligió la noche. No solo por precaución — aunque la precaución también estaba ahí, honesta y sin disimulo. La eligió porque la noche era el único momento donde podía ser simplemente un hombre con una pregunta, sin el peso de todo lo que era durante el día. Sin la toga, sin el título, sin la mirada de los otros que lo ubicaba permanentemente en su lugar dentro del sistema. La noche le ofrecía algo que el día le negaba — la posibilidad de no saber, sin que eso fuera una vergüenza.

Llevaba preparado un saludo. Lo había pensado con cuidado, como pensaba todo lo que iba a decir en público — las palabras exactas, el tono apropiado, el equilibrio correcto entre respeto y autoridad. *Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro, porque nadie puede hacer estas señales que tú haces si Dios no está con él.* Era una apertura sólida. Reconocía la autoridad sin comprometerse demasiado.

Abría la conversación sin revelar el estado real de su corazón. Era exactamente el tipo de frase que un príncipe de Israel podía pronunciar sin perder el control de la situación.

No sirvió de nada.



El hombre lo escuchó. Y antes de que el eco de sus propias palabras terminara de disolverse en el aire de la noche, respondió — no al saludo, no al argumento cuidadosamente construido, no a la pregunta que Nicodemo había planeado hacer eventualmente, después de establecer el terreno. Respondió a algo que Nicodemo no había dicho. A algo que ni siquiera sabía que estaba preguntando.

*De cierto, de cierto te digo: el que no naciere de lo alto no puede ver el reino de Dios.*

Nicodemo se quedó quieto.

Había esperado una discusión. Había venido preparado para intercambiar argumentos, citar textos, construir y refutar posiciones — el terreno donde se sentía seguro, donde décadas de formación lo habían hecho imbatible. En cambio lo que recibió fue esto — una afirmación que no atacaba su argumento sino que lo rodeaba completamente, que pasaba por encima de todo lo que había preparado y llegaba directamente a algo que no había traído consigo esa noche porque no sabía que lo tenía.

El orgullo reaccionó primero. Lo hacía siempre — era más rápido que cualquier otra parte de él. *¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre?* Las palabras salieron con una ironía que no había planeado — la ironía de quien siente que la verdad que acaba de escuchar lo amenaza y necesita reducirla al absurdo antes de que penetre demasiado. Era un mecanismo que conocía bien en los debates del Sanedrín. Lo había visto en otros. No lo había visto tan claramente en sí mismo hasta esa noche.

El hombre no se inmutó.

Siguió hablando — con la misma calma con que había trenzado las cuerdas en el templo, con la misma atención con que había mirado a los enfermos antes de

sanarlos. Como si la ironía de Nicodemo fuera simplemente información sobre dónde estaba parado, y él necesitara saberlo para saber qué decir a continuación. Habló del agua y del Espíritu. Habló de la carne que solo produce carne y del Espíritu que produce espíritu. Habló del viento que sopla donde quiere y cuyo sonido se oye pero cuyo origen y destino nadie conoce.

*Así es todo aquel que es nacido del Espíritu.*

Nicodemo escuchaba. Y algo en él — algo debajo del orgullo, debajo de la formación, debajo de décadas de certezas construidas con cuidado — empezaba a moverse. No de manera dramática. No como una revelación que llega con luz y con sonido. Más parecido al agua que encuentra una grieta en la roca — silenciosa, paciente, inevitable.

Había estudiado las Escrituras toda su vida. Conocía a Ezequiel — *os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros*. Conocía a Isaías. Conocía los salmos de David que pedían un corazón limpio. Los había leído cientos de veces. Los había citado en el Sanedrín, los había enseñado en la sinagoga, los había comentado en los rollos que llenaban su estudio. Y sin embargo esa noche, escuchando a ese galileo hablar del Espíritu como del viento, sintió que los estaba escuchando por primera vez. No con los oídos — con otra cosa. Con ese lugar más profundo que los textos siempre habían estado intentando alcanzar sin lograrlo del todo.

*¿Cómo puede hacerse esto?*

La pregunta salió diferente a la anterior. Sin ironía. Sin el escudo de la inteligencia lista para defenderse. Salió como salen las preguntas reales — desde adentro, desde el lugar donde uno no sabe, desde la honestidad que el orgullo suele impedir y que esa noche, por alguna razón que Nicodemo no habría podido explicar, encontró un momento de apertura.



Lo que el hombre dijo a continuación lo dejó sin palabras.

*Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado, para que todo aquel que cree en él no se pierda sino que tenga vida eterna.*

Nicodemo conocía esa historia. La conocía como se conocen las cosas que se aprendieron en la infancia — con esa familiaridad que a veces impide ver. El pueblo mordido en el desierto. Las serpientes ardientes. Moisés levantando la serpiente de bronce en un poste para que los que habían sido mordidos miraran y vivieran. La había estudiado, la había enseñado, la había citado como ejemplo de la provisión de Dios en momentos de crisis. Nunca la había visto así.

La serpiente levantada — imagen del mal cargado sin veneno, del juicio sostenido sin poder de matar — apuntando hacia algo que estaba parado frente a él en ese momento.

El mirar y vivir. Sin merecer. Sin entender el mecanismo completo. Sin haber dejado de murmurar del todo. Solo mirar. Y vivir.

Y luego vinieron las palabras que Nicodemo no esperaba. Las palabras que años después Juan escribiría con la pluma que había registrado el principio de todas las cosas, y que viajarían a través de siglos hasta llegar a lugares y personas que esa noche en el monte de los Olivos nadie podía imaginar:

*Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él.*

Nicodemo se quedó quieto durante un tiempo que no supo medir.

Toda su vida había estudiado a un Dios que juzgaba. Un Dios que pesaba las acciones, que evaluaba la obediencia, que recompensaba la fidelidad y castigaba la transgresión. No era un Dios malo — era el Dios de la ley, el Dios de la alianza, el Dios que exigía porque amaba. Pero en el centro de esa imagen había algo que Nicodemo nunca había podido nombrar — una distancia. Una sensación de que entre él y ese Dios siempre había algo más que recorrer, algo más que cumplir, algún mérito adicional que acumular antes de que la brecha pudiera cerrarse.

*No envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo.*

La frase desmontó algo que Nicodemo no sabía que estaba sosteniendo. Como cuando se quita una piedra que estaba en el lugar equivocado y de repente el peso que uno cargaba sin saberlo desaparece — y uno se da cuenta, recién entonces, de cuánto pesaba.



Hay una mentira sobre Dios que es más difícil de desalojar que cualquier otra — precisamente porque no se presenta como mentira sino como teología. La idea de que Dios es fundamentalmente un juez, y que su amor es la excepción a esa regla en lugar de su naturaleza más esencial.

Yo llegué a esa mentira por un camino que parecía completamente legítimo — la enseñanza profética. Estudios bíblicos en la iglesia, grupos pequeños, libros y videos sobre el fin de los tiempos. Esa tendencia que tiene cierta espiritualidad adventista de querer encajar cada evento del mundo en el esquema profético — la escatología convertida en obsesión, el Apocalipsis leído como manual de amenazas inminentes. Cada señal de los tiempos era una advertencia. Cada explicación de las profecías terminaba en un cuadro donde el tiempo se agotaba y el juicio se acercaba. Jesús aparecía en esas explicaciones — pero no de una manera que invitara a acercarse. Aparecía como el que viene a separar, a juzgar, a ejecutar la sentencia sobre un mundo que no estuvo a la altura.

El miedo se instaló despacio, sin que lo notara. No era el miedo agudo de un momento de crisis — era un miedo de fondo, sordo y permanente, que teñía todo. La oración. El estudio. La relación entera con lo sagrado. Un miedo que no tenía nombre pero que estaba siempre ahí, como una humedad que uno deja de sentir porque lleva demasiado tiempo viviendo en ella.

Una mañana lo dije en voz alta, solo: *Te tengo miedo.*

No fue una acusación. Fue la única confesión honesta que podía hacer en ese momento.

Y en ese silencio llegó algo — no una voz en el sentido literal, sino una impresión que se instaló en el centro del pecho con la suavidad y la firmeza de algo que siempre estuvo ahí esperando ser recibido: *Nico, no me tengas miedo.*

Me largué a llorar.

Jesús me llevó entonces a un libro — *Así de Simple*, del psiquiatra Timothy Jennings — que empezó a dismantelar con paciencia y con precisión lo que las enseñanzas distorsionadas habían construido. No fue una lectura fácil ni rápida. Fue el comienzo de un proceso — historias del evangelio leídas de una manera nueva, buscando no más información sobre el fin de los tiempos sino las pepitas de oro del carácter de amor de Dios escondidas en cada escena. La imagen falsa no se fue de golpe. Fue cediendo terreno, milímetro a milímetro, a medida que la imagen verdadera se volvía más concreta y más real.

*No envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo.*

Nicodemo escuchó esas palabras en una noche en el monte de los Olivos y algo en él nunca volvió a ser exactamente igual. Yo las recibí de otra manera, en otro siglo, en otro lugar — pero reconozco el movimiento. El momento en que la imagen falsa cede. El momento en que el peso que uno cargaba sin saber que lo cargaba de repente no está más.



Nicodemo volvió a su casa antes del amanecer.

Las calles seguían vacías. Jerusalén todavía dormía. El mismo camino que había recorrido de ida, ahora de vuelta, con los mismos pies y sin embargo con algo diferente en el interior — algo que no sabía todavía cómo nombrar y que no estaba seguro de poder sostener a la luz del día, entre sus colegas, en la realidad concreta del Sanedrín y de las responsabilidades que lo esperaban.

No había resuelto nada. No había llegado a ninguna conclusión que pudiera defender en un debate. No tenía un argumento nuevo ni una posición teológica más sólida que la que tenía al salir. En ese sentido, la noche había sido un fracaso completo.

Pero tenía algo que no había tenido antes.

Una imagen — la serpiente de bronce levantada en el desierto, el pueblo mordido que miraba y vivía — y detrás de esa imagen, la promesa más desconcertante que había escuchado en su vida. Que el Dios que él había estudiado y temido y reverenciado no había enviado a su Hijo para condenar al mundo. Que había algo en el centro de la realidad que no era juicio sino amor. Un amor que daba sin calcular el retorno. Un amor que buscaba sin esperar que el buscado llegara primero.

Un amor que había estado buscándolo a él mucho antes de que él decidiera salir de noche a buscarlo.

Esa noche, al llegar a su estudio, no encendió la lámpara de inmediato. Se quedó un momento en la oscuridad, de pie, con los rollos de las Escrituras a su alrededor. Luego la encendió y los abrió — no para buscar un argumento, no para verificar una posición, no para preparar lo que iba a decir en la próxima sesión del Sanedrín. Los abrió con una pregunta distinta a todas las que había traído a esos textos durante décadas. Una pregunta que no tenía la forma de una pregunta sino de una disposición — la disposición de alguien que está dispuesto a recibir lo que encuentre, aunque lo que encuentre lo obligue a cambiar algo que no quiere cambiar.

Las mismas palabras que había leído cientos de veces. La misma tinta sobre el mismo pergamino. Y sin embargo algo era diferente — no en el texto sino en él. Como si una capa de algo que había estado interponiéndose entre sus ojos y las palabras se hubiera adelgazado esa noche lo suficiente para dejar pasar una luz que siempre había estado ahí.

Leyó hasta que la lámpara comenzó a vacilar.

No había terminado. Sabía que lo que había comenzado esa noche iba a tomar tiempo — mucho tiempo, más del que podía imaginar en ese momento. Pero algo había comenzado. Y eso, por ahora, era suficiente.

La semilla estaba en el suelo. Y aunque Nicodemo no lo sabía todavía, el amor que la había plantado no iba a dejar de regarla.

### III. El desierto

#### *La serpiente que mira hacia arriba*

Había una historia que Nicodemo conocía desde niño.

La conocía como se conocen las cosas que se aprenden antes de que uno tenga palabras para analizarlas — con esa familiaridad que va más allá del intelecto y que se instala en algún lugar más profundo, más parecido al cuerpo que a la mente. La había escuchado por primera vez de la boca de su padre, luego en la sinagoga, luego en las escuelas rabínicas donde pasó los años que formaron todo lo que era. La había estudiado, comentado, citado. Creía conocerla completamente.

No la conocía.

No de la manera en que esa noche en el monte de los Olivos un galileo se la había devuelto — encendida desde adentro, con un significado que ninguno de sus maestros le había mostrado y que sin embargo era el significado que siempre había estado ahí, esperando que alguien tuviera ojos para verlo.

La historia era esta.



El desierto del sur de Canaán no era un lugar hecho para los seres humanos.

Era un lugar hecho para el silencio y para la roca y para el sol que cae vertical sobre la piedra y la calienta hasta volverla casi luminosa al mediodía. Era un lugar donde el horizonte siempre parecía más lejos de lo que era, donde los caminos se perdían entre formaciones de roca que se repetían con una monotonía que después de días de marcha empezaba a parecerse a la locura. No había sombra que no fuera la de una roca. No había agua que no hubiera que buscar. No había nada que el ojo pudiera descansar en él sin encontrar más de lo mismo — piedra, arena, cielo blanco de calor.

Por ese lugar marchaba Israel.

No por primera vez — llevaban casi cuarenta años en el desierto, una generación entera nacida y muerta entre la promesa y el cumplimiento. Pero esta vez había algo

diferente en la amargura que cargaban. Acababan de perder a Aarón — el sumo sacerdote, el hermano de Moisés, el que había sostenido sus manos en la batalla y entrado con él al Sinaí a recibir la gloria de Dios. Lo habían visto subir al monte Hor acompañado por Moisés y Eleazar, y habían visto bajar solo a Eleazar, vestido con las ropas sacerdotales de su padre. El duelo era fresco. El peso de la pérdida se mezclaba con el calor y con el cansancio y con la sensación, que ninguno quería nombrar en voz alta pero que todos sentían, de que Canaán seguía siendo tan lejana como siempre.

Y entonces el camino giró hacia el sur.

No hacia Canaán — hacia el Mar Rojo. El rey de Edom había bloqueado el paso directo, y Dios había instruido a Moisés que no forzara el cruce. Así que el pueblo marchaba en la dirección equivocada — alejándose de la promesa, adentrándose en el desierto más árido, bajo un sol que no cedía, cargando el duelo de Aarón y la fatiga de cuarenta años y la pregunta que nadie se atrevía a formular completamente: ¿cuánto más?

Fue entonces cuando el alma del pueblo se encogió.

No fue una decisión. Fue algo que ocurrió — como cuando la luz cambia y de repente el mismo paisaje que parecía soportable se vuelve insoportable, y uno no puede explicar qué cambió exactamente porque el paisaje es el mismo pero algo en el interior ya no puede sostenerlo. El alma del pueblo se encogió en el camino, y de ese encogimiento brotó lo que siempre brota cuando el corazón pierde la capacidad de ver más allá de la circunstancia inmediata.

La queja.

*¿Por qué nos hicisteis subir de Egipto para que muramos en este desierto? No hay pan ni agua, y nuestra alma tiene fastidio de este pan tan liviano.*

Las palabras son notables por lo que revelan. No había falta de pan — el maná seguía cayendo cada mañana, puntual, suficiente, milagroso. No había falta de agua — Dios la había provisto en Cades de manera sobrenatural. Lo que había era algo más difícil de confesar — un corazón que había aprendido a dar por garantizado lo extraordinario, que había perdido la capacidad de ver la gracia en lo que recibía porque estaba demasiado ocupado mirando lo que le faltaba.

*Nuestra alma tiene fastidio de este pan tan liviano.*

El maná — el pan del cielo, el milagro diario que ninguna otra nación en la historia había recibido — era ahora liviano. Sin sustancia. Insuficiente. El pueblo había llegado al punto donde la gracia misma se había convertido en motivo de queja.



Lo que sucedió después ocurrió sin anuncio.

Las serpientes siempre habían estado en ese desierto — criaturas del terreno árido, de las grietas entre las rocas, de la oscuridad que hay debajo de las piedras planas. El pueblo las había atravesado durante años sin saberlo, protegido por una mano que no veía y que por lo tanto no agradecía. Esa protección se retiró. No como un acto de venganza — más como la consecuencia natural de haber elegido, una y otra vez, vivir como si esa mano no existiera.

Las serpientes eran llamadas ardientes por lo que hacía su veneno. No era una muerte rápida — era una inflamación que comenzaba en el lugar de la mordedura y se extendía hacia adentro, una quemazón que avanzaba lenta e inexorablemente hasta que el cuerpo no podía sostenerla más. Era el tipo de muerte que da tiempo para pensar. Tiempo para recordar. Tiempo para que la mente, en medio del dolor, recorra todo lo que eligió y todo lo que descartó y llegue, demasiado tarde o quizás exactamente a tiempo, a la claridad que la comodidad nunca produce.

En casi todas las tiendas había muertos o moribundos.

El campamento que horas antes había resonado con quejas contra Dios y contra Moisés ahora resonaba con otro sonido — el sonido de las personas que comprenden, demasiado tarde o quizás exactamente a tiempo, lo que estaban haciendo. Vinieron a Moisés. El mismo Moisés contra quien habían hablado, a quien habían acusado de sacarlos de Egipto para matarlos en el desierto. Vinieron a él con palabras que no tenían la forma habitual de sus palabras — sin la certeza del que exige, sin la amargura del que acusa. Con la sencillez desnuda del que no tiene más recursos.

*Hemos pecado por haber hablado contra Jehová y contra ti. Ruega a Jehová que quite de nosotros las serpientes.*

Moisés oró. Sin condiciones. Sin reproches. Sin el inventario de todo lo que le habían hecho durante cuarenta años. Simplemente oró — porque era eso lo que el amor hace cuando el que lo hirió viene con las manos vacías.



La respuesta de Dios fue la más desconcertante que nadie en el campamento podría haber anticipado.

No quitó las serpientes. No purificó el ambiente del desierto. No eliminó el peligro que el pueblo había provocado con su incredulidad. Lo que hizo fue dar un remedio — un remedio que en su forma exterior parecía casi una broma, y que en su significado interior contenía la verdad más profunda que Dios había revelado hasta ese momento sobre cómo opera su gracia.

*Hazte una serpiente ardiente y ponla sobre una asta. Y cualquiera que fuere mordido y mirare a ella, vivirá.*

Moisés hizo lo que se le indicó. Tomó bronce — el metal del juicio, el que recubría los altares donde la sangre caía — y formó con él la imagen de la serpiente que estaba matando al pueblo. La imagen del problema. La forma del mal. Y la levantó en un poste en medio del campamento, visible desde todos los ángulos, accesible para todos los ojos.

Y por todo el campamento corrió la noticia — demasiado simple para ser creída, demasiado concreta para ser ignorada: los que habían sido mordidos podían mirar la serpiente de bronce y vivir.

Hubo quienes dudaron. Era comprensible — no había ninguna lógica visible que conectara una mirada con la reversión de un veneno. No había explicación científica, no había precedente conocido, no había mecanismo que el ojo pudiera verificar. Solo la palabra de Dios, transmitida a través de Moisés, que decía: mirad y vivid. Algunos de los que dudaron murieron esperando que la promesa tuviera más sentido antes de actuar sobre ella.

Pero los que miraron vivieron. Cada uno de ellos. Sin excepción. Sin importar cuánto veneno llevaban ya en la sangre ni cuánto tiempo hacía que habían sido

mordidos. Sin importar si habían murmurado más que otros o si su corazón estaba completamente renovado en el momento de levantar la vista. Miraron — ese acto mínimo, ese movimiento de los ojos desde la propia herida hacia algo externo y levantado — y el veneno perdió su poder.

El campamento se llenó de un sonido que horas antes habría parecido imposible — el sonido de los que habían estado moribundos incorporándose. De los que habían estado llorando sobre sus muertos descubriendo que no todos los que creían perdidos lo estaban. De voces que pronunciaban el nombre de Dios no con la amargura del que acusa sino con la textura irreproducible del que acaba de ser salvado de algo que no podía salvarse a sí mismo.



La serpiente de bronce no tenía poder en sí misma.

Esto era lo que Nicodemo había aprendido cuando estudió el episodio — la explicación estándar, la que todos los maestros daban y que era correcta en lo que decía pero incompleta en lo que no decía. La serpiente era un símbolo. Un instrumento. Un objeto sin vida que no podía hacer nada por nadie. El poder venía de Dios — la serpiente era solo el punto hacia donde Dios había dicho que había que mirar.

Pero esa noche en el monte de los Olivos, escuchando al galileo hablar de ella como si la conociera desde adentro, Nicodemo había entendido algo que ninguno de sus maestros le había enseñado.

La serpiente de bronce era la imagen del pecado cargado sin veneno. Era la forma del problema — la serpiente ardiente, la que mordía y mataba — hecha de bronce, inerte, vaciada de su poder destructor. Y el israelita que la miraba no miraba una solución abstracta a su problema — miraba la imagen de su problema convertida en el instrumento de su curación. Miraba el mal que lo había herido, levantado y suspendido, despojado de su poder de matar.

*Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado.*

El mismo mecanismo. La misma lógica imposible. El mismo amor que no elimina el problema desde afuera sino que desciende hasta el fondo del problema y lo carga desde adentro — vaciándolo de su poder, levantándolo en un poste visible para todos, y diciendo con una sencillez que no admite complicaciones:

Mirad. Y vivid.

No entendáis primero. No mereced primero. No completéis el proceso de purificación interior antes de levantar la vista. Mirad. Y vivid. La curación no es la condición para mirar — es la consecuencia de mirar. El orden no puede invertirse sin perder todo.

Nicodemo había llevado consigo esa imagen desde esa noche. No siempre con claridad — había días donde se perdía en la densidad de sus otras responsabilidades, donde la semilla parecía estar simplemente quieta bajo la superficie sin dar señales de vida. Pero estaba ahí. Esperando. Como esperan las semillas que fueron plantadas en el suelo correcto por manos que saben lo que están haciendo — sin prisa, sin necesidad de que alguien las observe, cumpliendo en silencio el proceso que su naturaleza les impone.



El desierto no terminó en el Sinaí.

Estábamos en Brasil, en una playa, en familia. Habíamos orado antes de salir — una oración en familia, de esas que uno hace con la confianza tranquila de quien sabe que hay alguien escuchando. El agua era clara. Los chicos corrían. Todo parecía exactamente como debía ser.

Entonces pisé una raya.

El dolor llegó de inmediato — no como aviso sino como certeza, una quemazón que empezó en el pie y empezó a avanzar hacia adentro con una persistencia que las horas siguientes no hicieron más que confirmar. Horas de dolor insoportable, del tipo que no deja pensar en otra cosa, que achica el mundo hasta reducirlo al punto exacto donde duele.

Clamé a Jesús. Pedí que quitara el dolor. El dolor no se fue.

Y entonces vino lo otro — esa mezcla de estados que el corazón humano produce en los momentos donde la fe y la circunstancia no coinciden. Estaba agradecido de que la raya me hubiera picado a mí y no a mi esposa ni a los chicos — eso era real y lo sentía con una intensidad que me sorprendió. Pero también estaba molesto. Habíamos orado antes de salir. ¿Para qué había servido? ¿Por qué Jesús no había alejado la raya? ¿Dónde estaba la protección que habíamos pedido?

Me enojé con Jesús y le preguntaba ¿Por qué? La respuesta llegó en las semanas que siguieron, cuando el dolor físico cedió y quedó el espacio para conversar sobre las preguntas que tenía. ¿Por qué permitiste esto? ¿Por qué no la alejaste?

La respuesta no llegó en una sola vez. Llegó en capas, como suelen llegar las cosas que Jesús quiere enseñar cuando uno tiene la disposición de seguir preguntando después de que el dolor inicial pasa.

La primera capa llegó cuando menos la esperaba. Estaba pensando en el alivio que había sentido al ver que mi familia no había sido picada — esa gratitud concreta, física, de padre que ve a sus hijos sanos y siente algo que no tiene nombre preciso pero que es más profundo que cualquier concepto abstracto. Y en medio de ese pensamiento algo se conectó — no como argumento sino como imagen. Jesús en la cruz, cargando lo que yo no tenía que cargar. Y la misma gratitud — infinitamente más profunda, de una escala que mi mente no puede sostener completamente — de ver que yo no tenía que pasar por eso. Que el veneno que me correspondía a mí lo cargó él. Que el dolor que sentí en el pie durante esas horas era una sombra microscópica de lo que él sostuvo voluntariamente en la cruz para que yo no tuviera que sostenerlo.

Me quedé quieto con esa imagen durante mucho tiempo.

La segunda capa llegó de una dirección que no esperaba — investigando sobre el veneno de raya y cómo el cuerpo humano responde a él. Lo que encontré me detuvo. Cuando el veneno entra en el cuerpo, no hay una sola parte que lo enfrente sola. Todo el organismo responde — el sistema inmune, la circulación, los mecanismos de inflamación y reparación, cada sistema trabajando en coordinación con los demás, movilizando recursos desde cada rincón del cuerpo hacia el punto de la herida. El pie herido no fue abandonado. Todo el cuerpo se volvió solidario con él — sin calcular el

costo, sin evaluar si valía la pena, sin esperar que el pie demostrara que merecía ser sostenido.

Todo el cuerpo actuó en equipo para que el pie no muriera solo.

La raya no fue un error en la providencia de Dios. Fue el desierto — ese espacio donde el corazón aprende lo que la comodidad nunca puede enseñar. Donde la queja y la gratitud coexisten sin que ninguna de las dos sea deshonestas. Donde uno descubre, en el dolor concreto y sin idealizaciones, que hay alguien que cargó un veneno infinitamente más devastador que el de cualquier raya — y que lo cargó con alegría, con la misma alegría que yo sentí al ver a mis hijos sanos en la orilla.

Mirad. Y vivid.

No como fórmula. Como la descripción más honesta que existe de lo que ocurre cuando el corazón herido levanta la vista desde su propia herida hacia algo levantado y exterior y más grande — y descubre que el veneno ya fue cargado, que el precio ya fue pagado, que lo único que queda por hacer es mirar.

## IV. Los años silenciosos

### *La raíz que nadie vio*

Entre una cosa y la otra pasaron años.

No hay otra manera de decirlo — el texto simplemente avanza, de la noche en el monte de los Olivos a la siguiente aparición de Nicodemo en el Sanedrín, sin detenerse a explicar qué ocurrió en el medio. Juan no lo documenta. Los otros evangelistas tampoco. Es un silencio en el registro histórico que podría leerse como ausencia — como si esos años no hubieran contenido nada digno de mención.

Pero el silencio en el registro no es silencio en la vida. Y lo que ocurrió en esos años intermedios — invisible para el sistema, invisible para sus colegas del Sanedrín, invisible para cualquiera que lo hubiera observado desde afuera — fue precisamente lo que hizo posible todo lo que vendría después.

La raíz no crece hacia arriba. Crece hacia abajo, hacia adentro, en la oscuridad del suelo donde nadie la ve. Y es exactamente por eso que puede sostener lo que viene después — porque su fortaleza se formó donde nadie pudo interferir con ella.



Nicodemo siguió siendo lo que había sido siempre — miembro del Sanedrín, fariseo de primera línea, hombre de posición y de influencia en Jerusalén. Sus colegas lo veían en las sesiones, escuchaban sus argumentos, contaban con su voto. Nada en su apariencia exterior sugería que algo fundamental había cambiado. Seguía llevando la misma toga, ocupando el mismo lugar en la sala, usando el mismo tono cuidadoso y medido que lo había caracterizado durante décadas.

Pero por las noches, en su estudio, algo era diferente.

Los rollos de las Escrituras que llenaban las paredes de ese cuarto los había leído todos — algunos cientos de veces, algunos hasta el punto donde podía recitar párrafos enteros de memoria sin esfuerzo. Pero esa noche en el monte de los Olivos algo había cambiado en la manera en que los leía. No el texto — el texto era el mismo de siempre. Él era el que era diferente. Como si una capa de algo que había estado

interponiéndose entre sus ojos y las palabras se hubiera adelgazado lo suficiente para dejar pasar una luz que siempre había estado ahí pero que él no había podido ver completamente.

Empezó a leer de una manera nueva.

No para construir argumentos. No para verificar posiciones. No para preparar lo que iba a decir en la próxima sesión del Sanedrín. Leía con una pregunta diferente a todas las que había traído a esos textos durante décadas — una pregunta que no tenía la forma de una pregunta sino de una disposición. La disposición del que está dispuesto a recibir lo que encuentre, aunque lo que encuentre lo obligue a cambiar algo que no quiere cambiar. La disposición del israelita mordido que levanta la vista desde su propia herida hacia la serpiente de bronce — sin garantías previas, sin comprensión completa del mecanismo, confiando solo en la palabra que dice que mirar es suficiente.

Isaías 53 lo detuvo durante semanas. Lo había leído toda su vida — el siervo sufriente, el varón de dolores, el que fue herido por nuestras rebeliones. Lo había interpretado, debatido, comentado. Pero esa vez, leyéndolo a la luz de lo que había visto en el templo y de lo que había escuchado en el monte de los Olivos, el texto se abrió de una manera que ninguna interpretación anterior había producido. El siervo que carga el dolor de todos. El que no abre la boca. El que es llevado como cordero al matadero. Y la pregunta que el texto hacía y que ninguno de sus maestros había respondido completamente — ¿quién es este?

Ahora tenía una respuesta que no se atrevía todavía a pronunciar en voz alta.



También empezó a seguir la vida del galileo.

No de cerca — eso habría sido demasiado visible, demasiado costoso para lo que todavía no estaba listo para pagar. Pero Jesús enseñaba en el templo durante las fiestas, y Jerusalén era una ciudad pequeña donde las noticias viajaban rápido, y Nicodemo tenía oídos y tenía ojos y tenía la costumbre, cultivada durante años de práctica legal, de escuchar con atención lo que otros decían sin parecer que estaba escuchando.

Escuchó sobre la mujer samaritana a quien Jesús habló junto al pozo — una conversación que ningún rabino respetable habría tenido, con una persona que ningún rabino respetable habría mirado dos veces. Escuchó sobre el paralítico de Betesda, sanado en sábado, y sobre la controversia que siguió. Escuchó sobre los sermones en la sinagoga de Capernaúm, sobre las multitudes que seguían al galileo por los caminos de Galilea, sobre los leprosos tocados y los ciegos que veían y los demonios que huían pronunciando un nombre que los rabinos del Sanedrín preferían no pronunciar.

Cada historia era una capa. Cada capa hacía más concreta la imagen que esa noche había comenzado a formarse — no el Mesías que él había construido en su mente durante décadas, el rey poderoso que vendría a restaurar el trono de David con la fuerza del que tiene derecho, sino algo diferente. Algo que el sistema de categorías que él había desarrollado durante toda su vida no terminaba de contener. Un poder que no necesitaba demostración porque era simplemente lo que era. Una autoridad que no dependía de ningún reconocimiento institucional porque venía de un lugar que ninguna institución podía otorgar ni quitar. Una compasión que no calculaba quién merecía recibirla antes de darla.

Había leído en los profetas que el Mesías abriría los ojos de los ciegos y haría oír a los sordos y haría saltar al cojo como un ciervo. Lo había leído como promesa escatológica — algo que ocurriría en el gran día de la restauración de todas las cosas. Ahora esos mismos textos los leía de una manera diferente, con una urgencia que no había sentido antes, como el que busca en el mapa la ciudad donde ya sabe que está pero que necesita ver con sus propios ojos para terminar de creerlo.

La raíz seguía creciendo. Hacia abajo. Hacia adentro. En silencio.



Yo conocí a un programador en Globant.

Vino a una entrevista — uno de esos candidatos que uno recuerda porque desde las primeras preguntas es evidente que sabe lo que hace, que piensa con claridad, que tiene algo que los otros no tienen. Pasó la entrevista. Entró al equipo. Y en algún momento del trabajo cotidiano, entre reuniones y código y las conversaciones que surgen en los espacios entre las tareas, me enteré de que era adventista.

El rechazo fue inmediato. No declarado — no soy de los que declaran ese tipo de cosas — pero real. Una distancia que se instala sola, ese mecanismo automático que clasifica y separa antes de que uno pueda elegir si quiere clasificar y separar. Adventista. Una categoría con sus contenidos predefinidos, con sus connotaciones, con la carga de todo lo que uno cree saber sobre algo que en realidad no conoce.

Al tiempo se fue. Dejó el trabajo por razones que no eran las mías y que yo no terminé de entender. Tiempo después supe que había quedado sin trabajo, y le ofrecí volver. Me dijo que no. Me dijo que Dios le había dicho que no buscara trabajo — que esperara, que Dios le iba a conseguir uno en Estados Unidos.

Pensé que estaba loco.

No lo dije. Pero lo pensé con la certeza tranquila del que tiene los pies en la tierra y sabe distinguir la fe genuina de la ilusión bien intencionada. Un trabajo en Estados Unidos que Dios iba a conseguir. Sin buscarlo. Esperando. La idea me pareció tan ajena a cualquier lógica que pudiera sostener que la archivé en algún lugar de la mente donde van las cosas que uno no sabe qué hacer con ellas y prefiere no revisar.

Poco tiempo después, así fue. Consiguió el trabajo. En Estados Unidos. Sin haberlo buscado.

Me quedé en silencio con esa información durante un momento que no supe medir. No era el tipo de cosa que uno puede simplemente incorporar y seguir adelante. Era el tipo de cosa que hace una pregunta — no en voz alta, no de manera articulada, sino en ese lugar más profundo donde las preguntas reales ocurren antes de que uno tenga palabras para formularlas.

La semilla cayó. No le di importancia en el momento — o me dije que no se la daba, que era una coincidencia interesante pero no necesariamente significativa. Seguí adelante. El trabajo, los proyectos, la vida cotidiana que tiene la capacidad extraordinaria de llenarlo todo y de hacer que lo que no cabe en sus categorías parezca menos urgente de lo que es.

Pasaron tres o cuatro años.

Y entonces, justo antes de meterme de lleno en el espiritismo — en ese momento donde el camino que uno está tomando todavía no tiene nombre pero ya tiene dirección — decidí hablar con ese programador. No sé exactamente por qué en ese momento y no en otro. Esas decisiones rara vez tienen una explicación que satisfaga completamente. Simplemente algo se movió — algo que había estado quieto durante años, esperando, como esperan las semillas que fueron plantadas en el suelo correcto por manos que saben lo que están haciendo.

Hablamos. Y en esa conversación algo germinó.

No de golpe — no fue una iluminación repentina que lo resolvió todo de una vez. Fue más parecido a cuando los ojos se adaptan a la oscuridad y de repente uno puede ver lo que siempre estuvo ahí pero que la falta de luz impedía distinguir. Una conversación. Un programador adventista que había esperado un trabajo que llegó. Y algo en mí que llevaba años sin saber qué hacer con ciertas preguntas encontró de repente un suelo donde esas preguntas podían tener respuesta.

Ahí comenzó mi relación con Jesús.

No en una iglesia. No en un estudio bíblico formal. No en el momento que yo habría elegido si hubiera podido elegir. En una conversación con alguien a quien había descartado por su religión años antes, cuya fe yo había llamado locura, cuya espera yo había juzgado con la certeza cómoda del que todavía no fue sacudido por nada que no pueda explicar.

La semilla había esperado tres o cuatro años en el suelo. Había esperado el momento exacto — no el que yo habría elegido, sino el que el amor de Dios había preparado. El momento donde la germinación no solo era posible sino necesaria — porque sin ella el camino que estaba tomando llevaba a un lugar del que habría sido mucho más difícil volver.



Nicodemo no sabía que estaba siendo formado.

Eso es quizás lo más importante de los años silenciosos — que la formación que ocurre en ellos no se siente como formación. Se siente como vida cotidiana. Como

noches con los rollos abiertos. Como historias escuchadas de lejos sobre un galileo que tocaba leprosos y sanaba en sábado y hablaba con una autoridad que ningún sistema podía explicar completamente. Como preguntas que uno no se hace en voz alta pero que tampoco puede dejar de hacerse.

El Espíritu sopla donde quiere. Su sonido se oye — en una conversación inesperada, en un texto que de repente dice lo que nunca dijo antes, en una historia sobre un trabajo en Estados Unidos que llegó sin ser buscado — pero nadie sabe de dónde viene ni adónde va. Opera en los márgenes, en los espacios entre las cosas visibles, en los años que el registro histórico deja en blanco porque no tienen eventos lo suficientemente dramáticos para ser documentados.

Pero esos años en blanco son donde ocurre lo más importante.

La raíz que nadie vio crecer era la raíz que iba a sostener todo lo que vendría — la voz en el Sanedrín, las especias en la tumba, la fe que no flaqueó cuando todos los demás huyeron. No se sostuvo porque Nicodemo fuera extraordinario. Se sostuvo porque la raíz había tenido tiempo — silencioso, invisible, sin audiencia — de llegar a una profundidad que ninguna tormenta podía alcanzar.

Las semillas que caen de noche, en silencio, sin que nadie las vea caer — son exactamente las que producen los árboles más firmes.

## V. El Sanedrín

### *Una voz en la sala equivocada*

La fiesta de los Tabernáculos llenaba Jerusalén de una manera diferente a la Pascua.

No era solo la cantidad de peregrinos — aunque también era eso, miles llegando desde todos los rincones de Israel y de la diáspora, cargando sus ramas de palma y de mirto para construir las cabañas temporales que recordaban los cuarenta años en el desierto. Era algo en el tono de la fiesta — más festivo que la Pascua, más ruidoso, más permeable a la alegría. Durante ocho días, Jerusalén dormía bajo el cielo en estructuras provisionarias que recordaban que la permanencia era una ilusión y que el pueblo de Dios era fundamentalmente un pueblo en camino.

Ese año, sin embargo, había una tensión que la festividad no podía cubrir completamente.

Jesús estaba en la ciudad.

Había llegado a mitad de la fiesta, sin anuncio, y había empezado a enseñar en el templo con esa autoridad que ya era conocida pero que nunca dejaba de desconcertar — porque no citaba a otros maestros como hacían todos los rabinos, no construía sus argumentos sobre el peso acumulado de las tradiciones anteriores, hablaba como alguien que conocía las cosas desde adentro en lugar de haberlas aprendido desde afuera. Las multitudes se congregaban a su alrededor. Los debates se encendían. Y el Sanedrín, que llevaba meses buscando el momento y el pretexto adecuados, había enviado oficiales a escucharlo — no para aprender sino para encontrar algo que pudiera volverse en su contra.

Nicodemo lo sabía. Estaba al tanto de los planes — era miembro del concilio, asistía a las sesiones, escuchaba los argumentos. Sabía que la hostilidad hacia Jesús había alcanzado un punto donde ya no era simplemente desacuerdo teológico. Era algo más concreto, más urgente, más peligroso. Y sabía también, en ese lugar donde uno sabe las cosas que preferiría no saber, que tarde o temprano iba a tener que elegir entre dos cosas que hasta ese momento había intentado sostener simultáneamente.

No eligió todavía. Pero el momento se estaba acercando.



Los oficiales volvieron sin él.

Entraron a la sala donde los sacerdotes y los fariseos los esperaban — una sala que Nicodemo conocía bien, donde había pasado incontables horas debatiendo puntos de la ley con hombres que ahora miraban a los recién llegados con una impaciencia que no intentaban disimular. La pregunta fue directa, casi antes de que los oficiales terminaran de entrar: *¿Por qué no lo trajisteis?*

El silencio que siguió duró apenas un momento. Pero en ese momento algo ocurrió que Nicodemo observó con una atención que intentó que no pareciera lo que era.

Los oficiales — hombres entrenados para ejecutar órdenes sin cuestionarlas, acostumbrados a la autoridad y a su aplicación — tenían en el rostro una expresión que no correspondía a la situación. No era la expresión del que falló en una misión. Era algo más parecido a la expresión del que vio algo que todavía no sabe cómo procesar. Cuando respondieron, sus palabras no tenían la forma de una justificación ni de una disculpa.

*Nunca ha hablado hombre así como este hombre.*

Nicodemo no se movió. Mantuvo la misma expresión cuidadosa y neutral que había aprendido a mantener en esa sala durante años — la expresión del que escucha y evalúa sin revelar lo que piensa. Pero algo en su interior reconoció esas palabras con una inmediatez que no pudo controlar completamente. Las había pensado él mismo, años antes, saliendo de noche del monte de los Olivos. Las había pensado sin pronunciarlas, guardándolas en ese lugar donde uno guarda las cosas que son demasiado reales para compartirlas con el sistema en el que vive.

Los sacerdotes respondieron con la velocidad del que no puede permitirse escuchar lo que acaba de decirse. *¿También vosotros habéis sido engañados? ¿Ha creído en él alguno de los príncipes o de los fariseos? Mas esta multitud que no sabe la ley, maldita es.*

La maldición cayó sobre la sala con la facilidad de algo que se ha practicado tanto que ya no requiere esfuerzo. El pueblo — los ciegos que habían visto, los cojos que habían caminado, los que habían llegado al templo con sus últimas monedas y habían encontrado algo que ningún sistema podía venderles — era maldito por su ignorancia. Por no saber la ley. Por dejarse mover por lo que veían en lugar de atenerse a lo que los expertos les decían que debían ver.

Nicodemo escuchó. Y algo en él — algo que llevaba años creciendo en silencio, que se había formado en noches con los rollos abiertos y en historias escuchadas de lejos y en la imagen de la serpiente de bronce que una noche alguien había encendido en su corazón — algo en él ya no podía quedarse completamente quieto.

No todo lo que tenía que decir. Todavía no. Pero algo.



*¿Juzga acaso nuestra ley a un hombre si primero no le oye, y sabe lo que ha hecho?*

Las palabras salieron con una calma que Nicodemo no sabía que tenía hasta que las pronunció. No era la calma del que no tiene miedo — tenía miedo, lo sentía con claridad en ese lugar del cuerpo donde el miedo se instala cuando uno está a punto de hacer algo que no tiene retorno. Era la calma del que tiene miedo y habla de todas maneras, porque lo que está en juego es más grande que el miedo.

La sala se detuvo.

No de manera dramática — no hubo un silencio absoluto ni una conmoción visible. Fue más sutil que eso. Una pausa. Un momento donde el impulso colectivo que venía acumulándose encontró un obstáculo que no esperaba — no un argumento elaborado, no una refutación teológica, sino la pregunta más simple y más irrefutable posible. ¿Juzga nuestra ley a un hombre sin oírle primero?

No podían responder que sí. La ley era clara. Y Nicodemo lo sabía — había elegido ese terreno con cuidado, el único terreno donde el sistema no podía refutarlo sin contradecirse a sí mismo. No había dicho que Jesús era inocente. No había declarado su fe. Había hecho algo más difícil en cierta manera — había introducido en

esa sala, en ese momento de consenso furioso, la pregunta que el sistema no podía ignorar sin exponerse.

La respuesta llegó de la manera que llegan las respuestas cuando el argumento no tiene salida — atacando al que lo formuló en lugar de responder al argumento.

*¿Eres tú también galileo? Escudriña y ve que de Galilea nunca se ha levantado profeta.*

Galileo. La palabra con toda su carga de desprecio — el insulto más completo que ese sistema podía ofrecer a uno de sus propios miembros. El príncipe de Israel reducido en un instante a la categoría de los ignorantes que no saben la ley. El hombre que había dedicado su vida entera a estudiar y a enseñar y a ser exactamente lo que ese sistema valoraba, descartado con una sola palabra por haberse atrevido a pedir que se aplicara correctamente la ley que todos profesaban defender.

Nicodemo no respondió. No había respuesta que diera en ese momento. Dejó que el insulto se quedara en el aire — porque a veces la única respuesta digna es el silencio que no cede ni se defiende — y esperó.



La sesión terminó sin resultado.

Cada uno se fue a su casa — esa frase que Juan registra con una sobriedad que contiene más de lo que dice. El Sanedrín que se había reunido con la determinación de arrestar a Jesús se disolvió sin haberlo logrado. No por una intervención milagrosa. No por una derrota argumental elaborada. Por una sola pregunta de siete palabras pronunciada por un hombre que tenía miedo y habló de todas maneras.

Nicodemo salió de esa sala diferente a como había entrado.

No en el sentido de que todo había cambiado de golpe — eso no es cómo ocurren las cosas reales. Sino en el sentido de que había cruzado una línea que no podía volver a cruzar en la dirección contraria. Había abierto la boca en el lugar más difícil posible, en el momento más costoso, y había pagado el precio inmediato — el desprecio de los que hasta ayer lo respetaban, la reducción pública a una categoría que toda su vida había sido lo opuesto de lo que era.

Y la raíz había sostenido.

Eso era lo que importaba. No el resultado de la sesión — el Sanedrín seguiría buscando la manera de arrestar a Jesús, y eventualmente la encontraría. No el efecto que sus palabras habían producido en sus colegas — el desprecio era real y no iba a desaparecer. Lo que importaba era que la raíz que había crecido en silencio durante años, sin audiencia ni validación, había sido probada por el primer viento fuerte.

Y había sostenido.



Hay un patrón en la manera en que Dios trabaja que raramente se nombra porque raramente se ve desde adentro — solo se ve en retrospectiva, cuando uno puede tomar distancia suficiente para distinguir la forma completa de lo que desde adentro parecía simplemente una serie de eventos inconexos.

El patrón es este: Jesús planta semillas en los lugares más inesperados, en las personas menos obvias, en los momentos que nadie elegiría si pudiera elegir — y luego las deja crecer en silencio, sin intervenir en el proceso, confiando en que lo que plantó tiene la vida suficiente para llegar a su propio tiempo.

José en la corte del faraón — no como misionero enviado con una estrategia, sino como un hombre que fue vendido por sus hermanos y terminó en un lugar que nadie habría elegido, donde la semilla que Dios había plantado en él creció durante años de esclavitud y de prisión hasta que llegó el momento en que ese lugar necesitaba exactamente lo que José tenía. Daniel en la corte de Nabucodonosor — un joven llevado en cautiverio a la ciudad más poderosa del mundo, plantado en el corazón del sistema que había destruido a su pueblo, donde su fe creció en silencio hasta producir el fruto que ningún enviado oficial habría podido producir desde afuera. El endemoniado de Gadara — el hombre que vivía entre las tumbas, que rompía cadenas, que nadie podía contener — encontrado por Jesús en el único momento y en el único lugar donde podía ser encontrado, transformado completamente, y luego dejado ahí. No llevado consigo. Plantado. *Vuelve a tu casa y cuenta cuán grandes cosas Dios ha hecho contigo.* Y cuando Jesús volvió a esa región meses después, lo encontró

preparado — el terreno que ese hombre había abonado con su testimonio estaba listo para recibir lo que venía.

Nicodemo en el Sanedrín.

No un infiltrado con una misión. No un estratega que calculó que podía hacer más bien desde adentro que desde afuera — aunque eso también era parte de lo que pensaba, y era una parte honesta. Simplemente un hombre en quien algo había sido plantado una noche, que había crecido en silencio durante años, y que en el momento exacto produjo exactamente lo que ese momento necesitaba — una voz. Una sola pregunta. Siete palabras que detuvieron la maquinaria del sistema el tiempo suficiente para que Jesús pudiera llegar a su propia hora, en su propio tiempo, de la manera que el amor de Dios había determinado desde antes de la creación.

La sal no transforma el entorno convirtiéndolo en sal. Lo transforma dando su propiedad al entorno — silenciosamente, sin anuncio, siendo simplemente lo que es en el lugar donde está. La luz no lucha contra la oscuridad. Simplemente existe, y la oscuridad no puede permanecer donde la luz está presente sin verse obligada a responder.

Nicodemo siendo justo en el Sanedrín no atacó la injusticia directamente. Introdujo luz en el espacio oscuro. Y la oscuridad tuvo que responder — con sarcasmo, con desprecio, con la pregunta *¿eres tú también galileo?* — porque la luz no puede ser ignorada, aunque sí puede ser rechazada.

El sistema se fue a casa sin haber logrado lo que vino a hacer.

La semilla que Jesús plantó esa noche en el monte de los Olivos acababa de dar su primer fruto visible. No el fruto final — ese vendría después, en la tumba, con treinta y dos kilogramos de especias y lágrimas que caían sobre un cuerpo magullado. Pero el primero. Y ese primer fruto tenía semilla — porque Juan lo registró, y llegó hasta nosotros, y sigue viajando hacia cualquier lugar donde haya alguien dispuesto a recibirlo.

Las semillas que Jesús planta no mueren con el que las recibe.

Germinan. Y dan fruto. Y ese fruto tiene semilla. Y la cadena no se rompe.



## VI. La oscuridad

### *El concilio sin Nicodemo*

Betania estaba a menos de una hora de Jerusalén.

Era un pueblo pequeño en la ladera oriental del monte de los Olivos — el mismo monte donde años antes un hombre había caminado de noche buscando algo que no sabía nombrar con precisión. Desde las terrazas de Betania se podía ver Jerusalén en la distancia, sus muros y sus torres y el templo que brillaba con el oro de sus fachadas cuando el sol le daba de frente. Era una vista que Nicodemo conocía bien — había pasado por ese camino incontables veces, en ambas direcciones, durante décadas.

Pero lo que llegó de Betania ese día no era una vista. Era una noticia.

Lázaro había muerto. Y luego Lázaro había vuelto. No en el sentido metafórico en que los rabinos hablaban de la resurrección — no como símbolo ni como promesa escatológica diferida hacia un futuro indeterminado. En el sentido literal, concreto, verificable por cualquiera que hubiera estado presente y que tuviera ojos para ver. Cuatro días en la tumba. La piedra removida. Una voz que llamó desde afuera. Y Lázaro saliendo — con las vendas todavía puestas, con el olor de la muerte todavía en las ropas — vivo.

Los testigos eran numerosos. No había forma de desestimar el milagro como rumor o como exageración — demasiadas personas lo habían visto, demasiadas de ellas eran conocidas y respetables, demasiados detalles coincidían para que la historia pudiera ser simplemente descartada. Y la noticia había llegado a Jerusalén con la velocidad que tienen las noticias que nadie puede creer pero que todos necesitan contarle a alguien.

El Sanedrín fue convocado de urgencia.



Nicodemo no fue convocado.

No hubo explicación. No hubo mensaje que dijera explícitamente que su presencia no era bienvenida — el sistema raramente es tan directo cuando excluye.

Simplemente no llegó la convocatoria. Y Nicodemo, que conocía ese sistema desde adentro, que había aprendido a leer sus silencios tanto como sus palabras, entendió lo que el silencio decía.

Lo sabían.

No todo — no había declaración pública que citar, no había confesión que registrar. Pero la intervención en el Sanedrín durante los Tabernáculos había dejado una marca que el sistema no olvidaba. La pregunta de siete palabras que había detenido la sesión. El silencio que siguió al insulto en lugar de la retractación que esperaban. Las miradas que había recibido en los días posteriores — no el desprecio abierto sino algo más sutil y más revelador, la mirada de los que evalúan a alguien que ya no es completamente de los suyos pero que todavía no ha cruzado completamente al otro lado.

Lo habían excluido porque sabían que iba a obstaculizar lo que necesitaban hacer.

Nicodemo recibió la noticia de la sesión por otros canales — así funcionaban las cosas en Jerusalén, donde los muros eran de piedra pero las palabras viajaban sin obstáculos. Lo que se había decidido llegó a él en fragmentos, a través de personas que hablaban sin saber completamente con quién hablaban, y Nicodemo escuchó con la atención del que sabe que lo que está escuchando es importante sin saber todavía exactamente cuánto.

La resurrección de Lázaro. La alarma del Sanedrín. Los argumentos que habían circulado — el peligro de que todos creyeran en él, la posible intervención romana, la amenaza al templo y a la nación. Y luego las palabras de Caifás — el sumo sacerdote, el hombre de la toga más elaborada y la autoridad más incuestionada, el que había cerrado los debates anteriores con la misma eficiencia con que cerraba todo lo que amenazaba su control de la situación.

*Vosotros no sabéis nada. Ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación se pierda.*

Nicodemo escuchó esas palabras y algo en él se detuvo.



Las había escuchado antes.

No de Caifás — de otro hombre, en otra noche, en otro tono completamente. Las había escuchado pronunciadas con una suavidad que el poder de Caifás nunca podría reproducir, con la certeza tranquila del que no necesita convencer porque simplemente dice lo que es verdad.

*Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado, para que todo aquel que cree en él no se pierda sino que tenga vida eterna.*

Un hombre muriendo por el pueblo para que no se pierda.

Las mismas palabras. El mismo esquema. La misma estructura de uno cargando lo que todos cargarían de otra manera. Caifás las había pronunciado como cálculo político — la aritmética fría del poder que decide que una vida vale menos que la estabilidad del sistema. Jesús las había pronunciado como revelación — la lógica del amor que desciende hasta donde está el herido en lugar de esperar que el herido suba.

El mismo esquema. Dos intenciones tan opuestas que apenas cabían en el mismo universo.

Y sin embargo — y esto fue lo que detuvo a Nicodemo en medio de lo que estaba haciendo cuando escuchó las palabras de Caifás — el sumo sacerdote había dicho la verdad sin saberlo. Había pronunciado, desde el cargo más sagrado de Israel, con el propósito más corrupto posible, la descripción más precisa del corazón del evangelio que nadie había pronunciado todavía en esa forma. Un hombre muriendo por el pueblo. No para salvar al sistema. Para salvar al mundo.

Nicodemo se quedó solo con eso durante mucho tiempo.



Había una profecía que conocía desde niño — todos los que habían estudiado en las escuelas rabínicas la conocían, aunque pocos se detenían en ella el tiempo suficiente para sentir su peso completo. Isaías había escrito sobre un siervo que cargaría el dolor de todos, que sería herido por las rebeliones de su pueblo, que sería llevado al

matadero sin abrir la boca. Una figura que el sistema religioso de Israel había interpretado de diversas maneras — algunos como símbolo de la nación entera, otros como referencia a algún rey pasado, otros como promesa escatológica sin nombre concreto todavía.

Nicodemo había estudiado ese texto con la misma distancia académica con que estudiaba todo. Lo había comentado, debatido, catalogado en el sistema de interpretaciones disponibles. Nunca había dejado que le hiciera una pregunta directa.

Esa noche, solo, con las palabras de Caifás todavía resonando y la imagen de Lázaro saliendo de la tumba con las vendas puestas flotando en algún lugar de la mente, el texto de Isaías volvió. No como argumento sino como imagen. El siervo sufriente — herido, despreciado, llevado al matadero — y detrás de esa imagen, superpuesta sobre ella con una precisión que ningún esfuerzo intelectual habría podido producir, la imagen de un hombre de pie en las gradas del templo con un látigo de cuerdas en la mano y los ojos llenos de algo que no era simplemente ira.

El mismo hombre que había recibido a los pobres con lágrimas en los ojos esa misma tarde.

El mismo hombre que había hablado de noche sobre la serpiente de bronce y el amor de un Padre que dio.

El mismo hombre que había resucitado a Lázaro cuatro días después de muerto, ante una multitud de testigos, en Betania a menos de una hora de Jerusalén.

Y que el Sanedrín — sin Nicodemo, deliberadamente sin Nicodemo — acababa de condenar a muerte.



Hubo un momento esa noche en que Nicodemo comprendió que la última atadura se había soltado.

No dramáticamente — no con la claridad de una decisión tomada en un instante de iluminación. Más parecido a cuando uno carga algo durante tanto tiempo que ya no recuerda exactamente cómo era no cargarlo — y de repente no está más, y el alivio

y el vacío llegan simultáneamente, mezclados de una manera que no tiene nombre preciso.

La posición en el Sanedrín — el lugar que había protegido durante años con el argumento de que era más útil desde adentro, que podía hacer más bien desde el centro del sistema que desde sus márgenes — ya no era lo que había sido. El sistema lo había excluido. No todavía de manera formal, no todavía con un decreto oficial. Pero la exclusión era real y él la sentía con la claridad de algo que el cuerpo entiende antes que la mente.

Ya no tenía nada que proteger dentro del sistema.

Y esa pérdida — que habría sido devastadora en cualquier momento anterior de su vida, que habría representado el derrumbe de todo lo que había construido durante décadas — esa noche se sentía diferente. No como derrumbe. Como liberación. Como cuando se quita una piedra que estaba en el lugar equivocado y de repente el peso que uno cargaba sin saberlo desaparece.

Había algo que todavía no sabía cómo haría. No tenía un plan. No tenía una estrategia para lo que venía — y lo que venía era oscuro, más oscuro de lo que quería mirar directamente en ese momento. El Sanedrín había tomado su decisión. Caifás había pronunciado su sentencia. El sistema que Nicodemo había servido durante toda su vida adulta iba a matar al hombre que esa noche en el monte de los Olivos le había dicho su nombre más verdadero.

Y Nicodemo no iba a poder impedirlo.

Pero había algo que podía hacer. No todavía — el momento no había llegado. Pero vendría. Y cuando llegara, Nicodemo sabía, con una certeza que no podía explicar del todo pero que era más sólida que cualquier argumento que hubiera construido en su vida, que iba a estar listo.

La raíz era suficientemente profunda.

Lo que la oscuridad más profunda no podía ver — lo que el Sanedrín reunido sin Nicodemo no podía saber, lo que Caifás pronunciando su sentencia no podía imaginar — era que la decisión que habían tomado para destruir lo que Nicodemo

amaba era exactamente la decisión que iba a liberar a Nicodemo para amarlo completamente.

La semilla que cae en la tierra y muere — había dicho Jesús — da mucho fruto.

La oscuridad más profunda siempre llega antes del amanecer.

Y el amanecer estaba viniendo.

## VII. La tumba

### *Treinta y dos kilogramos de amor*

El sol caía hacia el horizonte con la urgencia de los viernes de Pascua.

No había tiempo. Eso era lo primero que todos sabían esa tarde — que el sábado llegaba con el atardecer y que lo que no estuviera hecho antes de que el último rayo desapareciera detrás de las colinas de Judea tendría que esperar hasta la noche del día siguiente. Y lo que había que hacer no podía esperar. No ese día. No con ese cuerpo todavía en la cruz y los sacerdotes presionando a Pilato para que acelerara las muertes y los discípulos escondidos en algún lugar de la ciudad con el miedo de los que creen que lo que vieron las últimas horas podría repetirse con ellos.

Todos habían huido.

No era un juicio — era simplemente un hecho. Los que habían estado tres años al lado de Jesús, que habían visto cada milagro de primera fila, que habían escuchado cada enseñanza, que habían compartido la última cena y habían prometido no abandonarlo aunque todos los demás lo hicieran — estaban escondidos. El miedo había hecho lo que el miedo hace cuando llega en su forma más cruda — había achicado el mundo hasta reducirlo al instinto más básico, el de sobrevivir, el de no ser el siguiente.

Juan estaba. Y las mujeres. Pero el resto — silencio.

Y en ese silencio, desde una dirección que nadie esperaba, llegó Nicodemo.



Lo vio desde lejos.

La cruz todavía estaba de pie cuando se acercó al Gólgota. El sol de la tarde le daba de costado, y la figura que colgaba de la madera proyectaba una sombra larga sobre la piedra del suelo. Nicodemo se detuvo. No por miedo — el miedo había dejado de ser el argumento dominante en algún momento de las últimas horas, desplazado por algo más urgente y más real. Se detuvo porque lo que veía necesitaba un momento. Necesitaba ser recibido con la atención que merecía.

El Hijo del hombre levantado.

No como metáfora. No como promesa diferida hacia un futuro indeterminado. Ahí — concreto, físico, verificable, con las heridas que lo hacían inequívocamente real. Levantado sobre la tierra, visible desde todas las direcciones, exactamente como la serpiente de bronce que Moisés había levantado en un poste en medio del campamento para que los mordidos miraran y vivieran.

*Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado.*

Las palabras llegaron desde adentro sin que Nicodemo las convocara. No como el resultado de un esfuerzo — no había estado en los años anteriores tratando de encajar cada evento de la vida de Jesús en la imagen de la serpiente de bronce, no había construido un esquema interpretativo que le permitiera predecir este momento. Había guardado las palabras de esa noche en el lugar donde se guardan las cosas que son demasiado grandes para ser comprendidas completamente en el momento en que se reciben, y las había dejado ahí — sin forzarlas, sin manipularlas, sin intentar que dijeran más de lo que podían decir todavía.

Jesús lo había dicho esa noche exactamente para esto. No para que Nicodemo construyera un sistema de interpretación que le permitiera anticipar el futuro. Sino para que cuando el evento llegara — en su forma real, en su forma concreta, en la forma que ningún esquema humano habría podido predecir completamente — algo en él lo reconociera. Para que cuando sucediera, creyera.

Y así fue.

No fue razonamiento. Fue reconocimiento — esa experiencia específica donde algo que uno sabía sin saber completamente que lo sabía de repente se ilumina desde adentro con una claridad que ningún esfuerzo intelectual habría podido producir. El Espíritu tomó lo que había sido depositado esa noche y lo encendió en el momento exacto en que el evento real lo requería. La imagen de la serpiente de bronce y la imagen del Hijo del hombre levantado en la cruz convergieron en un solo instante — no porque Nicodemo las hubiera unido con su inteligencia sino porque siempre habían

sido la misma imagen, y el Espíritu simplemente había esperado el momento en que los ojos de Nicodemo estuvieran en el lugar correcto para verlo.

Así funciona la profecía. No como mapa para predecir el futuro sino como semilla depositada en el corazón — que espera en silencio, que no puede ser forzada ni manipulada, que germina en el momento exacto que el amor de Dios determinó desde antes de que nadie pudiera imaginar que ese momento llegaría. El que intenta encajar cada evento del mundo en el esquema profético pierde exactamente esto — la experiencia del flechazo, el reconocimiento que solo puede venir cuando uno no estaba buscando confirmar un sistema sino simplemente viviendo con los ojos abiertos y el corazón disponible.

Nicodemo miraba la cruz.

Y algo en él que había estado mortalmente herido desde antes de que supiera que estaba herido — la imagen falsa del Dios que juzga, la distancia que nunca terminaba de cerrarse, el peso de lo que nunca sería suficiente — empezó a sanar.

La fe de Nicodemo quedó establecida en ese momento. No como conclusión de un argumento — como la certeza del que miró y vivió. Del que levantó la vista desde su propia herida hacia algo levantado y exterior y más grande, y descubrió que el veneno ya había sido cargado, que el precio ya había sido pagado, que lo único que quedaba por hacer era exactamente lo que siempre había sido suficiente.

Mirar. Y vivir.



Fue entonces cuando encontró a José.

José de Arimatea — miembro del Sanedrín como él, excluido como él de la sesión donde Caifás pronunció su sentencia, discípulo secreto como él hasta que ese viernes el secreto dejó de ser sostenible. Los dos hombres que el sistema había intentado marginar se encontraron al pie de la cruz con la misma certeza silenciosa de los que saben que ya no hay nada que calcular.

José iba a ir a Pilato. Necesitaban autorización para bajar el cuerpo — sin ella, el destino de Jesús era una fosa común, el entierro de los criminales ejecutados por

traición contra Roma. Solo alguien con acceso al gobernador podía impedirlo. Y José tenía ese acceso — su posición, su riqueza, su nombre — y esa tarde decidió usarlo.

Mientras José fue a Pilato, Nicodemo fue a buscar las especias.

No calculó cuánto era suficiente. No evaluó lo que era apropiado dado el contexto. Trajo lo máximo que pudo conseguir en el tiempo que tenía — cien libras de mirra y áloes, treinta y dos kilogramos, la cantidad que se usaba para el entierro de los reyes. No porque Jesús necesitara esa cantidad para ser enterrado dignamente. Sino porque cuando el amor ya no tiene que protegerse de nada, cuando ya no hay posición que cuidar ni cálculo que hacer, se expresa en su forma más natural — sin límite, sin moderación, dando todo lo que puede darse.

Volvieron al Gólgota casi al mismo tiempo.



Bajaron el cuerpo juntos.

Dos hombres, con sus propias manos, bajando el cuerpo de Jesús de la cruz. Sintiendo el peso. Viendo las heridas de cerca — los clavos, la lanza, la corona de espinas, todo lo que las horas en el Gólgota habían hecho a ese cuerpo que Nicodemo había visto de pie en las gradas del templo con una autoridad que ningún sistema podía explicar.

Las lágrimas caían. No había manera de evitarlas — no había razón para evitarlas. Eran el lenguaje más honesto disponible en ese momento, más honesto que cualquier palabra que pudieran haber pronunciado.

Trabajaron con prisa — el sábado se acercaba — pero con una atención que la prisa no podía eliminar completamente. Cada capa de lino envuelta con cuidado. Las especias distribuidas entre las capas — la mirra y el áloes mezclándose en un aroma que llenó el aire de la tarde y que ninguno de los dos olvidaría. Las manos de Nicodemo haciendo por el cuerpo muerto de Jesús lo que sus palabras no habían podido hacer en vida — declarando sin ambigüedad, en el lenguaje concreto del amor que no calcula, lo que ese hombre significaba para él.

Luego cruzaron sus manos sobre su pecho.

Las mismas manos que habían volcado las mesas en el templo. Las mismas que habían tocado al leproso. Las mismas que se habían extendido sobre los enfermos en el atrio mientras los sacerdotes huían. Cruzadas ahora sobre el pecho sin vida, con una quietud que Nicodemo no había visto en ningún rostro humano — no el abandono de la muerte sino algo diferente, algo que no tenía nombre pero que se parecía más al descanso que a la derrota.

*Terminada su obra, con las manos cruzadas en paz, descansó.*

Lo llevaron a la tumba de José — nueva, sin usar, en el huerto que estaba cerca del lugar de la crucifixión. Un sepulcro donde nadie había estado antes. Un espacio virgen para algo que no tenía precedente.

Y cuando rodaron la piedra hasta cerrar la entrada, y el sonido de la piedra contra la roca se apagó, y el silencio del viernes por la tarde cayó sobre el huerto, Nicodemo se quedó un momento quieto.

El sábado estaba llegando.



Pasó el sábado solo.

No hay registro de dónde estuvo ni de con quién habló — el texto simplemente avanza, como avanza siempre cuando lo que importa ocurre en el interior de una persona y no en el escenario visible de los eventos. Lo que el flechazo de la cruz había encendido necesitaba tiempo para iluminarse completamente — como el amanecer que nadie puede señalar en el momento exacto en que la oscuridad termina y la luz comienza pero cuya dirección es inequívoca y su llegada inevitable.

Recordó la oración que Jesús pronunció desde la cruz por los que lo estaban matando — *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*. Las palabras del que no vino a condenar al mundo sino a salvarlo, cumpliéndose en el momento más oscuro con la misma coherencia que habían tenido en el monte de los Olivos. Recordó al ladrón moribundo en la cruz de al lado — el hombre que no tenía nada, que no había cumplido ningún requisito, que no tenía tiempo para nada excepto volverse hacia Jesús y pedirle que lo recordara — y la respuesta que no esperaba nadie: *hoy estarás*

*conmigo en el paraíso.* El mirar y vivir en su forma más desnuda. Sin proceso. Sin mérito previo. Sin comprensión completa del mecanismo. Solo mirar. Y vivir.

Recordó el clamor final — *consumado es* — pronunciado no como el último suspiro del derrotado sino con la textura de algo completamente diferente. Como el que termina una obra y la contempla y sabe que está bien. Como el artesano que suelta la herramienta porque ya no hay nada más que hacer — no porque haya fracasado sino porque ha terminado exactamente lo que vino a hacer.

Recordó la tierra que se sacudió. El velo del templo rasgado de arriba abajo — ese velo que durante siglos había separado el lugar santísimo del resto, que había marcado con su presencia el límite entre lo que los hombres podían acercarse a Dios y lo que no podían. Rasgado. Sin ceremonia. Sin anuncio. Como si alguien desde adentro hubiera decidido que la separación ya no tenía razón de existir.

Y en ese sábado de quietud, todo lo que el flechazo de la cruz había encendido se asentó en el lugar más profundo del corazón de Nicodemo — no como emoción que eventualmente pasaría sino como roca. Como algo que ya no podía ser movido por ninguna tormenta que viniera después.



Tres días después la tumba estaba vacía.

Y los lienzos — las capas de lino que Nicodemo había envuelto con sus propias manos, con cuidado, con lágrimas, con todo el amor que esa tarde podía expresarse — estaban doblados. No tirados, no arrugados, no dispersos por el suelo de la tumba como los de alguien que salió con prisa. Dobladados. Con la quietud de alguien que se levanta sin apuro, que no tiene ninguna razón para apresurarse, que deja todo en orden antes de partir porque así es como ese alguien hace las cosas.

Nicodemo no necesitó que nadie le explicara lo que los lienzos doblados significaban.

Los había puesto él. Sabía exactamente cómo habían quedado cuando rodaron la piedra. Y cuando supo — porque en Jerusalén siempre se sabía todo, y esta noticia viajó más rápido que cualquier otra — que la tumba estaba vacía y los lienzos estaban

doblados, algo en él reconoció el gesto con la inmediatez de los gestos que el amor hace y que el amor reconoce.

Era una respuesta.

Sin palabras — porque las palabras habrían sido menos que el gesto. Era la respuesta de alguien que vio lo que Nicodemo hizo esa tarde, que sintió cada capa de lino, que recibió cada kilogramo de mirra y áloes como lo que eran — no un ritual, no una obligación, no una costumbre cumplida — sino amor. Amor concreto, físico, costoso, dado sin calcular el retorno en el momento donde calcular el retorno habría sido lo más razonable del mundo.

Y que respondió al amor con amor — en el único lenguaje que quedaba disponible en ese momento.

Los lienzos doblados en la tumba vacía.

*Vi lo que hiciste. Recibí lo que trajiste. Y estoy bien.*



Hubo algo que yo aprendí sobre soltar lo que uno construyó para Jesús.

Durante años grabé audiolibros — traducciones de libros de autores que me habían cambiado la vida, voces que yo quería que llegaran a más personas. Morris Venden. Timothy Jennings. Roger Morneau. Ellen White. Construí un canal de YouTube, sin monetización, porque el fin no era el dinero sino la difusión. Y vi cómo Jesús bendecía ese trabajo — la audiencia que llegaba, las horas escuchadas, los mensajes de personas que decían que algo había cambiado en ellos.

Y luego llegó el día en que Jesús me pidió que borrara todos los audiolibros.

No fue una voz dramática. Fue una convicción — de esas que uno reconoce porque tienen una textura diferente a los propios pensamientos, una firmeza que no viene de adentro sino de otro lugar. La convicción de que ese ministerio había cumplido su ciclo. De que seguir produciendo contenido de otros era dar el pescado en lugar de enseñar a pescar. De que había llegado el momento de soltar.

Lo borré.

No sin dolor — sería deshonesto decir que fue fácil. Años de trabajo. Una audiencia que había crecido con paciencia. La sensación de que algo que había sido útil dejaba de existir por una decisión que no podía explicarle completamente a nadie. Pero la convicción era clara, y yo había aprendido — lentamente, a través de años de errores y de correcciones — que el amor de Jesús es más confiable que mi propia evaluación de lo que es útil y lo que no.

Lo que quedó fue el canal con mis testimonios personales únicamente. Sin las métricas de antes. Sin la audiencia de antes. Sin la sensación de estar produciendo algo grande y visible.

Y en ese espacio — más pequeño, más silencioso, más parecido a un huerto que a un escenario — entendí algo que el ministerio más grande no me había enseñado. Que Jesús no necesita lo que yo construyo para él tanto como necesita que yo confíe en lo que él construye a través de mí. Que soltar lo que uno hizo para Jesús — cuando él lo pide, en el momento que él lo pide — es una forma de amor tan concreta y tan costosa como treinta y dos kilogramos de mirra y áloes llevados al Gólgota una tarde de viernes cuando todos los demás habían huido.

Nicodemo no sabía que la tumba iba a estar vacía cuando llevó las especias.

Yo no sabía qué iba a construir Jesús después de que borré los audiolibros.

Ninguno de los dos necesitaba saber. Solo necesitábamos soltar lo que teníamos en las manos en el momento exacto en que el amor nos lo pedía.

El resto era de él.



Lo que vino después de la tumba vacía no fue el final de la historia de Nicodemo.

Fue el comienzo de su capítulo más firme — el que nadie documentó con tanto detalle como los anteriores pero que el registro preservó en sus trazos esenciales. Cuando los discípulos fueron dispersados por la persecución, cuando la iglesia tierna que los judíos esperaban ver desaparecer a la muerte de Cristo necesitó recursos que

los pobres pescadores galileos no tenían, Nicodemo se adelantó. Dio sus riquezas. Sostuvo lo que el sistema quería ver caer. Se manifestó firme como una roca en el momento donde otros vacilaban.

Quedó pobre en los bienes de este mundo.

Y no le faltó la fe que había tenido su comienzo en aquella conferencia nocturna con Jesús.

# Epílogo

## *La noche que nunca terminó de terminar*

Nicodemo le contó a Juan lo que pasó esa noche.

No sabemos cuándo. No sabemos en qué circunstancias — si fue una sola conversación larga o muchas conversaciones breves, si fue antes de la dispersión o después, si Juan tomó notas o simplemente escuchó con la atención del que sabe que lo que está recibiendo es demasiado importante para perderse un detalle. Lo que sabemos es que Juan lo escribió. Con la misma pluma que registró el principio de todas las cosas — *en el principio era el Verbo* — escribió también esto: la timidez que Nicodemo trató de ocultar bajo serenidad y dignidad, la ironía que usó como escudo, el momento donde la pregunta salió diferente a las anteriores, la imagen de la serpiente de bronce que finalmente penetró, las palabras que ningún otro maestro había pronunciado con esa claridad en toda la historia de Israel.

*De tal manera amó Dios al mundo.*

Palabras que nacieron en una conversación de dos personas en la oscuridad. Palabras que Nicodemo guardó durante años sin saber completamente qué hacer con ellas. Palabras que florecieron en él de la manera más inesperada — no en la cima de su poder sino en el momento en que lo había perdido todo, de pie ante una cruz con treinta y dos kilogramos de especias en las manos mientras los que habían estado tres años al lado de Jesús se escondían con miedo.

Juan las escribió para instrucción de millones de almas.

Y la cadena no se rompió.



Viajó a través de siglos — de idiomas, de culturas, de noches silenciosas donde alguien buscó algo sin saber exactamente qué buscaba. Llegó a Agustín de Hipona, que la recibió después de años de buscar en los lugares equivocados. Llegó a Martín Lutero, que la clavó en una puerta y cambió el mundo. Llegó a hombres y mujeres sin nombre que la leyeron en idiomas que Nicodemo nunca habría podido imaginar, en

continentes que ningún mapa del primer siglo podía contener, en circunstancias que ninguna profecía rabínica había anticipado.

Y siguió viajando.

Hasta un programador adventista en Córdoba que esperó un trabajo en Estados Unidos sin buscarlo, y que sin saberlo plantó una semilla en alguien que tres años después, justo antes de meterse en el espiritismo, decidió ir a buscarlo para ver si era verdad.

Hasta una oficina en Globant donde alguien escondía una Biblia en una mochila y la abría cuando no había nadie, hasta el día en que hubo alguien y la negó y volvió a casa y encontró en las palabras de Jesús un espejo que no pudo evitar.

Hasta una playa en Brasil donde una raya picó y el dolor duró horas y el corazón mezcló la queja con la gratitud sin que ninguna de las dos fuera deshonesto, y Jesús usó esas horas para mostrar algo sobre su propia cruz que ningún sermón habría podido enseñar de la misma manera.

Hasta un canal de YouTube donde durante años vivieron audiolibros — voces grabadas con paciencia, traducidas con cuidado, enviadas sin costo porque el fin era la difusión y no el dinero — hasta el día en que llegó la convicción de que era momento de borrarlos. No porque hubieran sido un error sino porque su ciclo había terminado, y porque había algo que Jesús quería enseñar sobre soltar lo que uno construyó para él — que el amor que da sin calcular el retorno aprende eventualmente a soltar con la misma libertad con que dio.

La cadena no se rompió.



La última imagen que quedó de Nicodemo en el registro es esta — pobre en los bienes de este mundo, despreciado por los que antes lo reverenciaban, sosteniendo con lo que le quedaba a una iglesia que el sistema esperaba ver desaparecer.

No hay estatua de Nicodemo en ningún lugar del mundo. No hay ciudad que lleve su nombre. No hay orden religiosa fundada en su memoria ni himno que celebre su historia. Hay solo esto — unas pocas líneas en el evangelio de Juan, preservadas

durante dos mil años, que dicen que hubo un hombre que vino a Jesús de noche la primera vez, que habló cuando debía hablar, que llevó especias cuando todos los demás huyeron, y que no le faltó la fe que había tenido su comienzo en aquella conferencia nocturna.

Una raíz que nadie vio crecer.

Pero las raíces que nadie ve son exactamente las que sostienen lo que permanece cuando todo lo demás cae. Y lo que Nicodemo sostuvo — con su voz en el Sanedrín, con sus especias en la tumba, con sus riquezas dadas a la iglesia perseguida — no cayó. Viajó. Llegó hasta Juan que lo escribió. Llegó hasta los millones que lo leyeron. Llegó hasta acá.

Y sigue.

Porque las semillas que Jesús planta no mueren con el que las recibe.

Germinan. Y dan fruto. Y ese fruto tiene semilla.

Y la cadena no se rompe.

# Fuentes

## **Textos bíblicos**

Juan 2:12-22 — La purificación del templo

Juan 3:1-17 — La conversación con Nicodemo

Números 20:14 — 21:9 — El viaje alrededor de Edom y la serpiente de bronce

Juan 7:45-53 — La intervención en el Sanedrín

Juan 11:47-54 — Las conspiraciones sacerdotales

Juan 19:38-42 — El entierro de Jesús

## **Obras de Elena G. de White**

El Deseado de Todas las Gentes — Capítulos 16, 17, 50, 59 y 80

Patriarcas y Profetas — Capítulo 38

## **Nota sobre la generación de la narrativa**

La narrativa de este libro fue generada con asistencia de inteligencia artificial (Claude, Anthropic), a partir del estudio bíblico y teológico realizado por Nicolás Bertoa. Los testimonios personales son del autor. Los contenidos doctrinales y teológicos se basan en las fuentes primarias listadas arriba.